

## *Horror domui*

ANTONIO CASTILLO ALGARRA

*“Imagínese el cambio en unos cuantos decenios: a la mujer le ha pasado en este siglo XX lo que al hombre le ha pasado en muchos siglos”.*

*Julián Marías:*  
La mujer en el siglo XX.

**Q**uizá el improbable lector ya conozca la última moda, consistente en escribir todo un libro acerca de algún ilustre escritor, aparentando reverencia en el título, para acabar dejando el peor sabor de boca posible respecto al artista objeto de tan peculiar homenaje; los últimos en padecer tales exequias han sido Proust en Inglaterra, y Larra en España. Aquí se trata de las

mujeres, y se pretende exactamente lo contrario que en aquellos libros.

Pero el asunto no debe exceder la talla del articulista, al menos no demasiado, de modo que será muy limitado: un hecho comprobable es que las jóvenes mujeres de la generación de 1976, nacidas entre 1969 y 1983, ahora en trance de pasar por la vicaría o la casa consistorial (allá ellas si pasaron por el ayuntamiento), están aterradas ante su futura responsabilidad de amas de casa, hasta el punto de preferir no pensar en ello.

Este articulista debe sortear el cinismo, y no lo tiene fácil. Podría comenzar escribiendo

cómo desde la época glacial la mujer se representaba vestida distintamente que el varón, vestida con faldas, y no por ninguna diferencia somática(1), sino porque ya desde entonces queda claro que la mujer es una elaboración “histórica, cultural y artística”(2). Y podría añadir que es con el advenimiento de la agricultura cuando la mujer asume las labores fundamentales que hacen posible la vida, exceptuando la caza, desde el cuidado del hogar y los hijos hasta la labranza, con lo que “la mujer de objeto, se convierte en sujeto”(3). Pero nada de esto aseguraría el mínimo de veracidad exigible para que un escrito se salve de la indecencia. La argumentación en abstracto, por lo general deja frío al articulista, y con él al lector; quien, por otra parte, ya barruntará que no está leyendo el producto de erudito alguno, sino más bien el de algún nuevo rico de la cultura que, eso sí, pretende asomarse lo más posible a la verdad, subido en el taburete de la prefilosofía. Sólo si algo actúa en mi vida, puedo yo dar razón de ello, así lo cree quien esto escribe. “Entonces, ¿cómo trata usted, pongamos, del Imperio Romano?”, preguntará el lector. “Pues, trato poco, esa es la verdad, pero entonces la forma de actuar aquello en mi vida será mediante la evidencia a que me pueda llevar el conocimiento; lo que a mis ojos no resulte evidente, será cínico escribirlo”, contestará el escribiente. ¿Y qué ve éste, qué tiene lugar en su vida que pueda dar razón de la situación de la mujer respecto al hogar? Digamos que, aparte de ser compañero de generación de las citadas, puede el articulista suponer que la anormalidad, si se es consciente de ella, patea la razón del que la padece y le obliga a hacerse cuestión de lo que para muchos funciona cotidianamente, al tiempo que da una pseudoexperiencia, todo lo artificiosa que se quiera, de otras formas de vida. Y, ante todo, se trata de dar respuesta a algunas pocas mujeres muy concretas, a las que el articulista quiere.

Pero basta de justificaciones. Tenemos esperando a nuestra veinteañera, dispuesta a casarse, y padeciendo lo que con tontuelo trasunto del “horror vacui” de los griegos, más arriba se ha nominado “horror domui”, o “domo”, que de ambas formas puede conjugarse el sustantivo “casa” en latín.

El articulista sabe hasta qué punto aquello es un error, y no sólo por creer en la exhortación del inverosímil Juan Pablo II, y lema del pontificado, “¡No tengáis miedo!”, sino porque no puede evitar en su pensamiento unir cada casa a una mujer, a despecho de la beatería postmoderna al uso. El asunto es muy concreto (casi secundario en apariencia), y debe dar cuenta el escritor de cómo actúa en su vida, pero antes necesita las herramientas intelectuales necesarias para hablar de cualquier cosa que concierna a la mujer, incluso un vocabulario —¿no lo hay para hablar de golf?— Tenga un poco de paciencia su buena compañera de generación y acompáñele en la busca, aunque sólo sea para matar el tiempo.

La primera impresión es clara: más valdría escribir de golf. Si se empieza por las enciclopedias, se encontrará que prácticamente lo mismo puede leerse en una del pasado año, que en otra de hace cien(4); tanto parece haberse avanzado en el conocimiento de la mujer. También puede darse un vistazo a una conocida librería de Madrid (más por politizada que por librería), que luce varios anaqueles que no se atreven ni a combarse porque los vigila un título que reza —perdón, proclama— “FEMINISMO”; aunque sólo para comprobar que no hay allí ningún libro que no pudiera haberse escrito hace cien o muchos más años. En éstas se está, cuando se tropieza con Simmel, filósofo y sociólogo alemán, muerto en 1918, reeditado este mismo año en España(5).

\* \* \*

Georg Simmel escribió acerca de la moda, de la coquetería, y un ensayo titulado “Lo masculino y lo femenino”, repleto de intuiciones asombrosas. Asombrosas y viejas, porque medio siglo después apareció don Julián Marías, descubriendo una nueva ruta hacia el mundo femenino, una ruta mucho más dificultosa, pero que conduce a desembarcar en las mejores playas de aquel mundo, mientras que los anteriores barcos se quedaban en islotes próximos, o se despeñaban contra las muchas barreras de arrecife que el tiempo ha ido levantando en torno a aquel continente(6). Simmel se quedó dando vueltas a los corales sin saber por dónde entrar: descubrió la insuficiencia de las categorías masculinas para entender a la mujer, pero acabó yéndose demasiado lejos, creyendo que “la sexualidad de la mujer es algo sustantivo e independiente”, “absoluto”. Marías descubre para la filosofía, no sólo que se es persona siendo hombre o mujer, sino que *la mujer lo es referida al varón, y éste es hombre referido a la mujer*. Y, aunque en Simmel hay una llamativa (para nosotros) referencia a la “realidad empírica”, fue Marías el que descubrió que todo aquello se realizaba en la *estructura empírica* de la vida humana (Ortega estudió la *analítica*), donde se aloja la condición sexuada del hombre; y ésta es una de las deficiencias que hacen aparecer tan menesteroso a Simmel, no poder distinguir entre la *sexualidad* y la condición *sexuada*; e igual ocurre con la distinción orteguiana entre ideas y creencias, otra carencia de Simmel, porque no la posee pero la necesita(7).

Marías descubre a la filosofía que hay una *razón vital femenina*(8) (ya sabe el lector, yo no puedo vivir más que razonando — eligiendo, la vida es quehacer—; y es la vida

la que da razón de sí misma, es *mi* vida —en este caso la de cada mujer— el instrumento de dar razón, ¿cómo? viviendo). En abarrotada síntesis, y remitiendo a los libros de Marías (que desea el articulista que lean todas las mujeres y los hombres a los que él quiere), el *mundo femenino* es *credencial*; conoce el del hombre, en el que ha tenido que hacerse a lo largo de la historia; requiere *soledad* y *sosiego*(9) para hacerse; su esencia es el *sentido íntimo*; y se caracteriza por la *elegancia*(10), *belleza*, *disponibilidad*, *resignación*, y *holgura*; todo, porque a última hora consiste el mundo femenino en *estar*(11), en hacerse *habitabile*, en definitiva, *efusivo* y *amable* —sujeto de amor, porque la *condición amorosa*, propia del hombre, es “la organización peculiar de la mujer”. De aquí el elemento de *ilusión* que acompaña a la mujer para el hombre(12). El mundo femenino queda de este modo más cerca de *la seriedad de la vida*(13), y es “el instrumento de la estabilidad y la continuidad de la vida”, el protagonista de lo que Unamuno llamó *intrahistoria*.

El método propuesto por Marías, es el que corresponde a la condición dramática de la vida: *la imaginación*(14), aplicada a la *convivencia personal*.

La exposición del pensamiento de Marías era necesaria, porque será la cabalgadura de estas líneas (al final de cuya lectura el heroico lector pensará que para este viaje no hacían falta semejantes alforjas, y llevará razón). Sin ocultar el profundo estremecimiento que justamente esta fracción del pensamiento de Marías —para colmo fundamento del resto— produce al articulista, que es consciente de que deberá responder con su vida; estremecimiento que se suma a la abrumadora sensación de qué más se puede aportar, porque Marías es navegante descubridor y ambicioso explorador a un

tiempo. Pero todo lo que se escriba ignorando a Marías en este asunto, aunque sea para discrepar, será tan arcaico como la librería militante de la que se habló más arriba.

\* \* \*

A nuestra futura casada, miembro de la generación de 1976 aquí protagonista, todo lo expuesto no le sirve para espantar el pánico. Ella es hija de su tiempo, de modo que no sabe hacer nada que no le rente en la vida profesional (un oficio o una carrera, ensaladas integrales, idiomas *nivel alto*, informática *a nivel de usuario*, conducir y discutir), porque todo lo demás ya se lo hace su madre, y todo esto, fuera de disfrutarlo, es despreciable (cocinar, coser, olvidarse de uno mismo). Su futuro marido sí sabe guisarse algo, pero olvidarse de sí mismo tampoco le sale nada bien, pero esto en un hombre no tiene tanta importancia.

Azorín insistía en averiguar todo lo posible acerca de la madre de cualquier personaje ilustre, porque en ella se encontrarían muchas claves del hijo. Las madres de las mujeres de la generación de 1976, educadas en un mundo muy distinto, han tenido cierta responsabilidad en el desaguado que son sus hijas. Se pasaron de solícitas, enseñadas como estaban a olvidarse totalmente de sí mismas. En su infancia y juventud, la madre de nuestra protagonista, aunque contaba en su casa con unas pocas muchachas, se hacía ella misma cargo de sus enseres más personales, y del cuidado, por ejemplo de su abuela, a la que no estaba bien que cuidase un extraño si podía hacerlo su nieta; luego cuidó de los primeros hijos de sus hermanas mayores, y también de ese estudiante destartado que acabó siendo su marido. Su hija, en cambio, ha llegado casi a la treintena sin haberse hecho cargo nunca de nadie; sin sentir la casa materna como suya. Y después están las vigencias, tan

fuertes contra la condición femenina que los espíritus en principio más delicados se extrañaron ante la declaración de un presidente de Gobierno, afirmando que a él le gustaba la “mujer, mujer”. Sumemos por último la fatalidad histórica, las privaciones de esas madres que fueron niñas en la postguerra y quieren que a sus hijas no les falte lo que ellas creen que echaron tanto de menos. El resultado es una madre a la italiana, de las que advertía Thornton Wilder en su novela autobiográfica *Theophilus North*: “¿qué joven querrá liberarse de la calidez, del acomodo de tanta devoción, risas y buenos guisos?”

Pero estas madres y esposas, con todos sus méritos, no son las únicas posibles. El articulista quiere invitar a su compañera de generación, antes de convertirse en esposa, a imaginar mujeres.

\* \* \*

Después del tema de la Sagrada Familia, la mejor representación de la intimidad “secular” puede encontrarse en la llamada pintura costumbrista holandesa; hay un cuadro poco conocido pero muy bonito, en el museo Thyssen de Madrid, en el que el talento del artista, Nicolaes Maes, más allá de la pincelada se encuentra en la elección del tema: se titula *El tamborilero desobediente*, donde una mujer hace labor en una sala de estar, junto a una ventana, al tiempo que vigila una cuna con su bebé y reprende con ternura a un chiquillo que la tendría aturdida con el tambor, y éste llora. ¿A qué tiene miedo nuestra joven de 1976, a esta soledad de la madre con los hijos? Sí, la soledad es constitutiva de la mujer, según Marías, como queda dicho arriba, pero ¿qué soledad?, ¿es que hay un solo tipo? Las repugnantes palomas de ciudad comen soledad de la peor clase. Pero esa no es la misma soledad de la

que habló Pemán en un artículo acerca de la olla con flores(15): decía que las personas que pasaban mucho tiempo solas —como la casera andaluza de su artículo— desarrollaban un amor por los objetos, sus compañeros, que las llevaba a ennobecerlos, en pago de su compañía, así bruñendo la olla hasta que parecía de oro, y colocándole unas flores. Es la soledad elegante. Sobre todo, la de la mujer es la soledad que, en la casa o en la vida, espera; si sabrán las mujeres de esto, ellas que *esperan* un hijo.

En su libro *La mujer en el siglo XX*, Julián Marías compara a la mujer del siglo que termina con la de la época victoriana (hasta 1901). Es muy interesante la imaginación de esa época en dos películas. Ingmar Bergman, en *Fanny y Alexander*, cuenta esa época de vigencias tremendas, pero en la que el reducido papel público de la mujer se compensaba con una maternidad desbordante. La casa de la abuela, con toda la familia de tíos y primos y las criadas, hacen dudar de la interpretación que no valora la intervención de la mujer en la historia. La madre de los protagonistas, que sufre un segundo matrimonio con un hombre horrible, salva a sus hijos con su sola presencia de rencores y del desarraigo, porque en la mujer pueden echarse raíces, a ella debe uno amarrarse cuando oiga cantos de sirena. La mujer salva del tedio y por eso el diablo está siempre al acecho de las formas de vida que han renunciado a la mujer, o de la mujer que ha renunciado a sí misma.

El sentimiento religioso, su valor en la vida era sostenido entonces, en la época victoriana, por las mujeres (y lo es hoy, al menos en Andalucía, por lo que sabe el articulista, por las madres como la de esta mujer de la que hablamos, quizá por última vez en mucho tiempo). En otra película, menos recordada que la anterior, pero que tiene la garantía de

que suelen despreciarla los que aprecian lo despreciable, de Michael Curtiz, *Vida con papá*, el excéntrico protagonista, el señor Clarence Day (William Powell) le dice como de pasada, con severidad y torpe ternura, a su esposa (interpretada por Irene Dunne): “El que yo entre en el cielo es ocupación tuya, Vinnie. Y si al llegar allí hubiese algún problema con mi billete, tú sabrás arreglarlo. Todo el mundo te quiere tanto, que estoy seguro de que Dios no va a ser menos”. En esa casa no cabría la desesperanza.

El contraste con la madre que aparece un siglo después, en la película de Robert Redford *Gente corriente*, es aterrador. En esa familia hay un marido bueno, un hijo como otro cualquiera, con sus problemas, y una gran desgracia, otro hijo recientemente fallecido; pero no es esto lo decisivo, sino una madre incapaz de intimidad: un mal que hace irrespirable el aire de la casa, que funciona y es lujosa, pero no es casa, porque la madre no es *habitabile*, nada *efusiva*, interesada tan sólo en su vida social, y en las realizaciones públicas de sus hijos. El articulista siente enorme desconfianza ante las mujeres demasiado preocupadas por el éxito de sus hijos. Si se leen cartas de hombres ilustres de la historia, el diálogo entre madre e hijo, por crecido que esté, suele ser así: “Madre, preparo un golpe de mano que podría darme el poder y...”; “Sí, sí, hijo. Pero dime: ¿te abrigas?, ¿estas comiendo?” ¿Quién es el ingenuo aquí? ¿Qué temen hoy las mujeres jóvenes, quedarse fuera de lo que importa? ¿Qué es lo importante, quién dice qué lo es? Marías señala en sus libros sobre la mujer que ésta debe superar las vigencias y atreverse a ser quien de verdad desea ser.

Hoy en el cine, pocos se preocupan más por la mujer —como mujer— que uno de los hombres más inteligentes de nuestra época, Woody Allen, pero “las mujeres de Woody

Allen” requerirían artículo aparte; y no hay que olvidar el tipo de mujer tan sofisticada y de un lugar tan concreto de que se trata (aunque su feminidad las haga trascender). Piense el lector cinéfilo en la influencia que han tenido las mujeres, las que ha tenido en la vida real, en la obra del director enamorado también de Manhattan. Después de la madre, la esposa (y las amigas, dice Julián Marías); dando la primera lo que un hombre puede ser, y la segunda lo que un hombre va siendo. Azorín no sabe qué hubiera sido de él sin su mujer(16) (*Memorias inmemoriales*); Delibes dice que ella era “exactamente el renuevo que mi sangre precisaba” (*Señora de rojo sobre fondo gris*); Marías dice que “todo era de los dos” (*Memorias*). O el caso de Rosa Chacel, una mujer imaginando a los hombres, que hace decir a uno de su enamorada “me sentí mirado y escuchado como por nadie lo había sido” (*Estación. Ida y vuelta*). La mujer se hace dándose, y para eso debe estar instalada en sí misma, y además en una casa. Allí se hace la mujer fuerte. El hombre se refuerza en su profesión, y si pretende ser cauce como la mujer, si renuncia a sí mismo, como su interior no es fontanal como el de la mujer, pronto se convierte en un caparazón seco y desfigurado, desaparece.

¿Asusta esta tremenda responsabilidad a la mujer joven, no se siente capaz? Lo es, pero ha renunciado al *desde dónde*. ¿Cree que así se hace dependiente, teme renunciar a sí misma? Esta dependencia no es comparable a la indecente intervención de las empresas actuales en las vidas de sus empleadas, especialmente en las de sus ejecutivas, abogadas; ¿no son ofensivas esas entrevistas de trabajo, esos procesos de aprendizaje, casi de iniciación sectaria. Soportan por un sueldo lo que no soportarían por amor. Por otra parte, es la familia la que se hace dependiente de la mujer, como resulta evidente.

No pretende el articulista que la mujer no trabaje, sino que vuelve a citar a Marías para pedirle que lo haga como mujer, diríamos, parafraseando a Ortega, que aportando a las profesiones la interpretación femenina del mundo. Y sin olvidarse de los logros que le han costado tantos años de historia: “la casa es la gran creación de la mujer”, dice Marías en *La mujer y su sombra*. Recuérdese lo escrito más arriba sobre la prehistoria, cuando la mujer se hizo sujeto al hacerse el hombre sedentario y crear ella el hogar. Continúa Marías: “En esto consiste muy principalmente la crisis de la mujer contemporánea: haber perdido la casa”; y advierte que no vaya a resultar que la mujer quede “encerrada fuera”.

\* \* \*

Con todo, no hemos convencido a nuestra joven prometida, quien, infectada de utilitarismo y afán de seguridad —como el resto de su generación—, decide irse a su novio para advertirle muy seriamente: “estás muy equivocado si crees que me voy a hacer yo cargo de todo (se abre un inédito abismo entre los dos, tras pronunciar cada sílaba de ese *todo*), la casa y los niños son a medias”. Como asentir es gratis, y discutir con la mujer propia peligroso, el talludito novio clavetea la barbilla en el pecho, durante el tiempo necesario para que ella vuelva a recobrar sus bellas facciones, desfiguradas por el pánico.

Lo menos respetado en estos tiempos no es la religión, ni el gobierno, ni las canas, sino la realidad; pero ésta siempre se venga, como recuerda a menudo Julián Marías, y como sabe este articulista, harto de firmarle letras a la implacable realidad, sin saber cómo se las va a pagar.

Cuando la feliz pareja enfrenta la cotidiana realidad, ve ella y columbra él que no es

cuestión de horas, aunque también, ni se remedia repartiendo las tareas (ay, las criadas); alguien debe tener la casa en la cabeza —y en el corazón—: asombrosamente, se trata de pensar, de imaginar la casa: lo que se comerá al otro día, cómo se llegará a fin de mes, cómo reemplazar esas cortinas tan feas, qué color en las paredes les hará más felices, quiénes serán los hijos, qué les ocurre aunque nada cuenten. Y pensar es lo más difícil. Esta agotadora ocupación es la del ama de casa, una de las profesiones intelectuales más rigurosamente personales que existen, una *ciencia del espíritu* —si tomamos el término que usó Dilthey—, de la que alguno de los dos deberá hacerse cargo. Y debe ser ella. “Oigan, enteradillos, que yo también tengo un empleo”, nos advierte la recién casada. Bendita suerte, joven, pero el de ama de casa es oficio solitario, uno para todos sin el todos para uno, y debe ser usted, mientras que el hombre sólo lo será como sustituto. El primor —tan antiguo—; el sentido de la realidad; la esencia más profunda de la mujer, que es *estar*, son los que hacen que la casa sea suya. Ese trabajo intelectual, quizá sea el primero de los muchos productos de la *razón vital femenina*.

No quiere esto decir que no deba la mujer tener ayuda. No podemos soslayar el inveterado egoísmo masculino, tan real(17). El mismo Marías propone una realización masculina de las tareas de la mujer, las del hogar. Por ejemplificar en algo, recuerde el lector que los hombres suelen cocinar mejor que las mujeres, y quizá la causa esté en lo que dice Marías, que la mujer es más inteligente, pero algo menos imaginativa que el hombre; y la cocina es imaginación, de un trozo de carne, un plato; en cambio, la *carnalidad* de la mujer, su sentido íntimo y *efusivo* (“mediante la efusión, nos derramamos, nos vertemos hacia algo o al-

guien”, escribe Marías), la hacen idónea para el cuidado de los hijos (durante toda la vida). Marías añade que “la tendencia actual a que el hombre tome parte en la vida doméstica, en el cuidado de los hijos, que es sumamente acertada, se anula cuando decrece la participación de la mujer”. Y no olvidemos a los asombrosos abuelos, figura social tan nueva, con los que cuenta nuestra pareja.

El articulista, para terminar, siente escribir que encuentra a muchas mujeres de su generación como perdidas, soliviantadas, desarmadas para la vida, vulnerables a las modas más estúpidas —no precisamente las del vestido—, sumisas ante los hombres, que se vuelven menos varoniles al no dejarse manejar por sus mujeres. La mujer que teme a la casa, teme ser mujer. Quien esto escribe sospecha que serlo debe ser muy difícil, pero insustituible; hoy, que acecha tanto mal y tanto error, es más necesario que nunca. La mujer y el hombre de la generación que ahora comienza a vivir con independencia, está renunciando a una forma de amor que se realiza al *cuidar* de alguien, fuente insustituible de felicidad: cuidará él (la parte más débil) de ella con su fuerte brazo; cuidará ella (la parte más fuerte) de él tiernamente.

La mujer necesita la casa para lograr lo que Marías llama su *equilibrio biográfico*; y los hombres necesitan a las mujeres equilibradas para el suyo. Si todo lo anterior fuera verdad, y las jóvenes se dedicaran a imaginarlo, para hacerlo lo mejor posible; en lugar de temerlo, para después chocarse con ello, quizá hubiera mejor ocasión para innovar con autenticidad. Porque así son las cosas, y quizá no sean tan malas.

### Notas

(1) *Historia Universal* dirigida por Walter Goetz. Espasa-Calpe. Madrid, 1945. Tomo I.

(2) Julián Marías: *La mujer en el siglo XX*.

(3) Historia Universal de Espasa-Calpe

(4) Es sorprendente cómo se parecen los artículos del Diccionario Hispanoamericano de Literatura, Ciencias y Arte, de 1893, tan “reivindicativo” para su época (no dejaría de asombrar a alguna feminista), y el de la Nueva Enciclopedia Durvan, de 1998. Ya en la edición de 1966 de la Durvan, Julián Marías sugirió al editor que faltaba una voz que fuese “Amor”, y éste le invitó a que lo hiciera él mismo; podría ocurrir algo parecido ahora con la voz “Mujer”, que ni siquiera es tal, sino “Mujer, derechos de la”.

También llama la atención que no haya en ninguna enciclopedia una voz que sea “Hombre”, como “persona del sexo masculino”; lo que aquí se trata en las enciclopedias consultadas es siempre al hombre, en general, hombre y mujer, desde la disciplina etnográfica. Esto se justificaba hasta ahora, pues el hombre tomaba el poder hasta en los conceptos, y lo masculino se identificaba con lo objetivo (véase Simmel). Pero dada la situación a que se ha llegado, quizá no sea sólo la mujer la que esté en crisis, sino también el hombre (quizá, en parte, por la crisis de aquella), y no vendría mal pensar sobre la masculinidad.

(5) Desgraciadamente, es tan acertada la selección de textos y tan cuidada la edición, como poco respetuosa la traducción (poco respetuosa con el español, porque el articulista no sabe alemán; sólo sabe que aquéllo era ilegible). De modo que hemos de recurrir a la edición de Revista de Occidente.

(6) *Antropología metafísica* (1970), *La mujer en el siglo XX* (1980) y *La mujer y su sombra* (1986); y ya en el resto de su obra.

(7) “La feminidad, en su valor absoluto, sumerge a la mujer en la unidad de lo real; en cambio, la masculinidad absoluta aparta al hombre de la realidad y lo empuja hacia a la idea.”

(8) Véase cómo lo intuye en cierto modo Simmel: “El proceso vital femenino tiene una significación tal, que en él la vida y la idea se confunden...”

(9) Véase el ensayo de Marías *Ataraxía y alcionismo*.

(10) Elegante es el que elige, como explica Marías, siguiendo a Ortega.

(11) Estar *con* lo concreto, *consigo* misma, *con* el hombre que está *con* ella; frente al hombre, al que le es constitutivo el “estar haciendo”.

(12) Véase el libro de Marías *Breve tratado de la ilusión*.

(13) Simmel, de nuevo, lo intuye: “la misteriosa concordancia... que parece existir entre esa unidad profunda de la sustancia espiritual (de la mujer) y la unidad del universo en general.” Y más abajo: “la estructura subjetiva de la mujer tiene una significación puramente interna y permanece como encerrada dentro de los límites del alma, y esa su estructura interna entra en la relación inmediata o unión metafísica con la realidad universal, con algo que podríamos llamar el fondo mismo de las cosas.”

(14) Marías propone este método aplicado a la política en algunas de sus mejores páginas, el ensayo *Libertad humana y libertad política*.

(15) José María Pemán, “Hipótesis de la olla con flores”.

(16) Merece leerse la semblanza de la esposa de Azorín, “Julia de Azorín: la mano sobre la mano”, del periodista Tico Medina en el número especial de Los Domingos de ABC, del 3 de junio de 1973. Para ella, Azorín era Pepe.

(17) Y que Simmel, en el ensayo citado, casi ingenuamente, niega.